

de Endocrinología y Nutrición los dos residentes nuevos que han entrado hace unos días en nuestro Servicio/UGC, uno contestó que porque le habían dicho que era una especialidad cómoda, pues no hacían guardias; la otra residente contestó que porque le gustó la endocrinología ya desde que estudió fisiología en segundo año de carrera. Hacerle ver el immense error de la primera respuesta y fortalecer la segunda es la gran responsabilidad que tenemos contraídos con ellos en estos 4 años de formación MIR. ¿Qué ocurrirá dentro de 4 años, cuando terminen? Sería irresponsable por nuestra parte diseñar su currículum, prisioneros de la desmoralización que hoy nos inunda. Habrá que enseñarles que la Endocrinología y Nutrición es una disciplina heredera de la llama sagrada de la patología médica y, probablemente, una de sus más sensibles representantes. Habrá que reforzarles la vocación médica, lo que significa transmitirles la consideración de la medicina como una forma de humanismo científico. Habrá que entrenarles en el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades poco prevalentes, pero complejas, que distinguen a la especialidad, y en la lógica del razonamiento clínico que les permita ver en las enfermedades muy prevalentes (y también complejas!) lo que otros no alcanzan. Habrá que enseñarles las habilidades que son propias de toda disciplina y de la que la Endocrinología es crecientemente depositaria, desde los trasplantes a las citologías, desde los infusores subcutáneos de insulina a la educación terapéutica (la más sofisticada de todas las tecnologías), desde la ecografía si la hubiere hasta la exploración y cura del pie diabético, desde la transexualidad hasta la obesidad con sus múltiples estrategias terapéuticas, desde la nutrición parenteral a la cirugía bariátrica.

Réplica a «Te recuerdo Amanda (y Antonio J.)»

Reply to «I remember you Amanda (and Antonio J.)»

Sr. Editor:

Tenemos en primer lugar que agradecerles al Dr. Soriguer y a la Dra. Ruiz de Adana su amable respuesta a nuestro editorial¹. Igualmente lo hacemos a todas aquellas personas que de un modo u otro nos han hecho llegar sus impresiones, demostrando que en una revista como esta puede (y debería ser obligatorio) haber hueco para dialogar de algo más que de pura ciencia... Queremos igualmente pedir disculpas porque quizás el editorial, en aras de someterse a los límites establecidos, careció de los matices pertinentes. Aprovechamos esta carta para introducirlos en relación con los comentarios de nuestros compañeros malagueños. Tendríamos que haber explicado que aquellas discrepancias entre «lo que nos explicaron» y lo que vivimos es extensible a todas las facetas de la medicina moderna, lo cual nos obligaría a una nueva y sesuda reflexión sobre el devenir de la enseñanza pregrado. Ello se escapa de nuestros

No. No parece que falten estímulos, ni trabajo. Lo que se necesita es moral. Esa moral que permite enfrentarse a las adversidades, a las dificultades, a la complejidad. Esa moral que es todo lo contrario de la complacencia. Esa forma de indolencia intelectual que solo se acuerda de los paraguas cuando llueve. No. El problema no es de los jóvenes sino de todos aquellos endocrinólogos instalados que han creído que con ellos ha llegado el fin de la historia.

Finalmente, coincidimos con los jóvenes autores en que «la razón a veces es esclava de las pasiones», y esta carta solo responde a la pérdida de la primera por un par de endocrinólogos del sur «apasionados» ante el escenario que nos presenta la endocrinología y la nutrición en los albores del siglo XXI.

Con los mejores deseos para todos nuestros jóvenes endocrinólogos.

Bibliografía

1. Soriguer F, Rozman C, Sanchez Franco F, Fernandez Real JM, Aguilar Diosdado M, Duran S, et al. El futuro de la Endocrinología. Málaga: Arguval; 2008.

Federico C. Soriguer y M. Soledad Ruiz de Adana *

Servicio de Endocrinología y Nutrición, Hospital Universitario Carlos Haya, Málaga, España

* Autor para correspondencia.

Correo electrónico: ruizdeadana@telefonica.net (M.S. Ruiz de Adana).

<http://dx.doi.org/10.1016/j.avdiab.2012.07.002>

objetivos, pero no podemos dejar caer esta losa solo sobre nuestra «querida» endocrinología. Ni en este hecho ni en una virtual desaparición —o no— de la endocrinología radican nuestras principales preocupaciones. Estas sí que pasan por la sensación de vivir una creciente mercantilización de la medicina, que se somete al rigor analítico de la fría gestión, como si de un servicio más se tratase. La desaparición de la endocrinología en este contexto, mal que nos pese, solo sería un síntoma de nuestra enfermedad. A nuestro entender no son ni buenos tiempos para la lírica ni para los principios, entre los que deberíamos situar para nosotros el de servicio a la sociedad. Perdidos estos y en plena vorágine de frivolización, imaginamos a una especialidad como la nuestra (que no se caracteriza por ser fuente de titulares que inundan portadas de periódicos) a merced de los tiburones de la gestión. Y es que, a nuestro juicio, la gravedad de nuestro momento no viene determinada por los condicionantes macroeconómicos sino por la falta de diagnósticos certeros. Y ya sabemos qué le pasa al tratamiento cuando el diagnóstico yerra. Ni por un momento hemos creído que tengamos poco que aportar, bien al contrario, no hay duda de que en la sociedad actual hay un amplio espacio para la práctica de la endocrinología. No somos nosotros los que tenemos dudas acerca de la necesidad de esta nuestra especialidad. Es evidente que en una población

sedentaria, envejecida y «engordada» el endocrinólogo es un médico necesario, como lo son especialistas en atención primaria, educadores en diabetes y dietistas, entre otros muchos. Pero a nuestro modo de ver, lo verdaderamente capital es la implantación de estrategias poblacionales y la creación de protocolos asistenciales basados en la evidencia, así como la dotación de los recursos necesarios para llevarlos a la práctica. La vocación individual no sustituye, ni debería, los recursos ni la gestión que se hace de ellos. La salvación de nuestro trabajo pasa por lo mismo que la del resto de nuestro entorno: por cambiar la visión individual, corporativista, la de competición durante tantos años pregonada, por otra global, que se centre en el bien común. En este sentido tendría todo su valor tanto aportar sobre el papel la mayor calidad a cada uno de los procesos asistenciales, como impregnar de humanidad y entusiasmo cada una de nuestras actuaciones a la cabecera del paciente. Y por tanto, tan inasumibles son la ausencia de involucración con la nutrición hospitalaria como la carencia de unidades monográficas o la falta de compromiso de tantos de los protagonistas actuales de la endocrinología de nuestro país. Como bien

decís, no faltan estímulos ni trabajo. Sí echamos de menos la sensación de que todos rememos en una misma dirección. Así pues, hagamos endocrinología con la sonrisa ancha, pero no dejemos que siga cayendo la lluvia sobre nuestra sanidad.

Bibliografía

1. Soriguer F, Ruiz de Adana S. Te recuerdo Amanda (y Antonio J.). *Av Diabetol.* 2012;28:102-3.

Amanda Jiménez Pineda y Antonio Jesús Blanco Carrasco*

Servicio de Endocrinología y Nutrición, Hospital Clínic, Barcelona, España

* Autor para correspondencia.

Correo electrónico: ABLANCO@clinic.ub.es
(A.J. Blanco Carrasco).

<http://dx.doi.org/10.1016/j.avdiab.2012.07.004>